

**Mateo Alemán. *Guzmán de Alfarache*. Edición, estudio y notas de Luis Gómez Canseco. Madrid. Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, vol. 42. 2012. 1688 páginas.**

Este volumen ofrece un magnífico trabajo sobre una obra fundamental de la literatura española de la Edad de Oro, de la que Luis Gómez Canseco ha llevado a cabo una edición pulcra, bien anotada, y con un documentado estudio, que le ha llevado bastantes años de trabajo. Lo merecía la colección “Biblioteca Clásica de la Real Academia Española” patrocinada por la Obra Social “La Caixa” en que aparece. Se siguen en esta edición las pautas ya marcadas por su director, Francisco Rico, para la “Biblioteca Clásica” publicada en Barcelona por editorial Crítica, a la que aquella continúa e incluso repite alguno de sus títulos muy levemente remozado. No es el caso del *Guzmán*. Ciertamente las normas que dan uniformidad y estilo a la colección constriñen al editor a seguir su camino dando determinados pasos y, por tanto, algunas de sus virtudes o defectos dependerán de tal estructura formal; por ejemplo, la limpieza con que se ofrece el texto al poner a pie de página solo las notas indispensables que ayudan al lector a entenderlo.

El estudio comienza con la biografía de Mateo Alemán: “Las justas ocupaciones de su vida: el contador Alemán”, porque, como dice Gómez Canseco, “resulta evidente que la vivencia personal del autor terminó por alimentar a su personaje”, p. 782 (pero está aún muy alejado del caso de Espinel y su Marcos de Obregón, cuyas acciones a menudo se funden en la novela). El análisis del libro empieza con “Un pícaro de libro”; y la enumeración de los “simples literarios” que mezcló Alemán para lograr su novela maestra se inician, como debe ser, con *La Celestina*; aunque no habla de los mozos de muchos amos que en ella aparecen (Sempronio y Pármeno), que le hubiera permitido enlazar más adecuadamente al *Pícaro* con ese modelo literario del relato autobiográfico que es el *Lazarillo*, cuyo protagonista no es un pícaro, sino un mozo de muchos amos. Muy bien citado está, como uno de los modelos literarios posibles –y probable–, el *Asno de oro* de Apuleyo; luego Gómez Canseco cita una serie de obras narradas en primera persona y acaba mencionando la *Vida* de Jerónimo de Pasamonte, que pudiera llevar a la duda a quien no sea especialista de que podría tratarse de una fuente, lo cual sería imposible, pues el bachiller Domingo Machado, que copió el único códice de la *Vida* de Pasamonte, fecha el final de su trabajo el 14 de noviembre de 1604 en Nápoles (y Pasamonte puso la del 20 de diciembre de 1603 como fin de su relato)

En los “territorios por explorar”, que siguen, subraya muy bien la “complejidad del protagonista”, y podría haber añadido además la existencia del retrato del pícaro, porque sabemos cómo era físicamente Guzmán, un dato importante para el análisis del arte novelesco. Gómez Canseco afirma con razón que “Mateo Alemán había concebido un nuevo género: la narrativa picaresca”, pues, como el propio estudioso indicará poco después, va a nacer del *Guzmán de Alfarache* una larga estirpe de pícaros: “Todos alabaron, censuraron y, sobre todo, imitaron la pócima de Alemán con la intención transparente de aprovechar la veta. Luján de Sayavedra fue el primero, pero le seguirían el *Buscón* [...], el *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*...”, p. 865; aunque tendría que haber cambiado el orden de sus seguidores, porque el *Buscón* tiene huellas de lectura de *La pícaro Justina* y es, por tanto, posterior. Detalle de nuevo sin importancia, porque lo esencial es lo destacado: que el género de la novela picaresca nace con el *Guzmán de Alfarache*, y que todos sus seguidores aparecen en el siglo XVII.

La obra es tan compleja, y así lo señala Gómez Canseco, que lidiar con ella, anotarla, prologarla, estudiarla, ofrecer una rigurosa síntesis de todo lo dicho hasta aho-

ra sobre este profundo e inmenso relato es tarea que exige una dedicación y un empeño de años. Son muchos los estímulos que cualquier lector encuentra en su análisis, como anuncian sus epígrafes: “Una cuestión de género”, “Guzmán y su circunstancia”; y ya adentrándose en “La armazón narrativa”, habla de “la disposición del libro”, “los episodios intercalados”, “Guzmán “en dos”, “¿Pero es que hubo una tercera parte?”.

Las pinceladas de ingenioso humor, que caracteriza al estilo de Gómez Canseco, sirven de anzuelo para que nos adentremos por esos sucesivos apartados; con él empieza ese bloque, uno de los más sugestivos del estudio: “Todo en el *Guzmán de Alfarache* está atado y bien atado [...]. En su principio estaba ya su fin. Y tanto que, para que nadie se llamara a engaño, antepuso al frente del primer volumen una “Declaración para el entendimiento de este libro” en la que descubría todo el pastel”, p. 802. Y así es porque en ella nos da Mateo Alemán dos claves esenciales de lectura: la primera es su formación, que hace verosímil la escritura de una autobiografía como la suya: “Para lo cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego...”. De esta forma, a su semejanza, casi todos los pícaros serán universitarios (no las pícaras, por supuesto). Y la segunda es el punto de partida para ese relato, no contemporáneo, sino desde el recuerdo: “Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte”. Y copio el jugoso comentario de Gómez Canseco: “Vaya a saber usted si era verdad que tenía finiquitada una segunda parte. Más bien parece un farol o, si acaso, un adelanto publicitario. Lo que sí queda claro es que sabía a dónde iba y que, antes de comenzar, tenía aquilataados los detalles de la historia”, p. 802. Sabemos con certeza que Alemán no tenía acabada la segunda parte por la presencia en ella de Sayavedra y porque se le adelantó en publicar la espuria el usurpador; pero, como dice el estudioso, es indudable que Alemán había imaginado ya su final, o al menos el lugar desde donde el Pícaro la escribía.

Antes de entrar en la “historia del texto”, habla de “las otras vidas de *Guzmán de Alfarache*”, título que se refiere, con sumo acierto, a sus lectores: “Si hacemos suma de las muchas evidencias que nos han llegado, es fácil concluir que no hubo persona medianamente instruida, entre los contemporáneos, que se resistiera a echarle un ojo al *Guzmán de Alfarache*. Los lectores recibieron el libro con un entusiasmo inusitado y, a la vista del éxito, los impresores pusieron en la calle una impresión tras otra”, p. 864. Y se puede añadir a tal documentada afirmación la que resume su suerte europea: “el *Guzmán de Alfarache* fue en toda Europa lo que hoy podríamos calificar como un *best seller* internacional”, p. 869. ¡Qué contraste con la recepción actual de la obra! Mientras *La vida del Buscón* sobrevive mucho mejor, el *Guzmán* se ha convertido en lectura de minorías y en territorio desconocido para aprendices de la literatura española.

Gómez Canseco subraya cómo nunca Alemán mencionó a Cervantes y cómo este “por su parte, solo una vez se dignó a referirse expresamente al *Guzmán*. Fue en *La ilustre fregona*, donde, para ensalzar las virtudes de Carriazo, acude al elemento de comparación que mejor podían conocer sus lectores”. Señala luego que “también hay que buscar a Guzmán en el personaje de Ginés de Pasamonte”. Y concluye: “Tras esa voluntad expresa de silenciar el nombre del rival se oculta la muy atenta y reflexiva lectura que de su obra hubo de hacer Cervantes. Hasta el punto de que el *Quijote* o las *Novelas ejemplares* hubieran sido muy otros sin el espejo del pícaro. El *Guzmán de Alfarache* fue para Cervantes un laboratorio en el que pudo comprobar de antemano qué convenía hacer o deshacer, hasta dar con su propia fórmula”, pp. 867-868. Y así es, porque el episodio de los galeotes no existiría sin el *Guzmán*, pues Ginés Pasamonte

es de la estirpe del *Pícaro* y no de la de Lázaro de Tormes, aunque sea a él a quien mencione por contar su vida. Y *Rinconete y Cortadillo*, fullero y ladronzuelo respectivamente, también; y a Carriazo quizá se le debió de ocurrir dejar la vida muelle en casa de sus acomodados padres y vivir la vida picaresca tras leer la alabanza que de ella hace Guzmán. Sabemos bien que la biblioteca de don Quijote (al menos la parte mencionada en el escrutinio) es la radiografía del héroe, es lo que Cervantes quiso que el lector supiera que había leído su personaje para que entendiera lo que hacía y decía; y en ella no está el *Guzmán* (así es lógico que don Quijote no entendiera el lenguaje de germanía de los galeotes). El libro de más tardía impresión que se menciona en ese capítulo VI del *Quijote* es *El pastor de Iberia* de Bernardo de la Vega, de 1591; y la distancia prudencial que lo separa de la fecha de impresión de la primera parte del *Guzmán*, 1599, tal vez podría indicar el cuidado de Cervantes de no confesar lo que había leído muy bien cuando redactaba el capítulo XXII: esa novedosa novela que tanto éxito estaba teniendo y con la que pretendía competir.

Las diversas partes del estudio de la obra son, por tanto, interesantes páginas, con numerosos datos, pero también con caminos abiertos para otros posibles análisis del texto; con el hondo conocimiento de la amplísima bibliografía existente, y además con senderos trazados desde la propia inteligencia de la obra. En cuanto a la "Historia del texto" que le sigue es la auténtica demostración del impresionante trabajo hecho para fijar el texto de la edición con el cotejo de las demás ediciones. Como se indica en página preliminar –y es característica muy laudable de la colección–, "el texto crítico de este *Guzmán de Alfarache* se basa, para su primera parte, en las cuatro ediciones revisadas por el autor, esto es, las de Várez de Castro, 1599; herederos de Juan Íñiguez de Lequerica, 1600; Juan Martínez, 1601, y Juan de León, 1602, impresas las tres primeras en Madrid y la última en Sevilla. Para la segunda parte se ha partido de las tres ediciones a las que asistió Alemán, hechas todas en Lisboa por Pedro Crasbeeck en 1604, Antonio Álvarez en 1605 y el mismo Crasbeeck también en 1605", p. 2. Si he copiado el criterio seguido para editar el texto es para que los lectores se den cuenta del inmenso trabajo que hay detrás de esta edición crítica.

Una mirada por encima a los testimonios cotejados (pp. 932-936) confirmará también la constatación de la tarea ciclópea que supone esta edición, porque no hay que olvidar que el texto no es una comedia en tres actos, sino que lo componen dos narraciones de considerable extensión.

Para comprobar el minucioso cotejo, he ido a la corrección de una errata que hice al andar el mismo camino que ahora ha hecho Gómez Canseco (aunque con un objetivo mucho más modesto). En el capítulo III del libro III de la parte I, Guzmán, hecho experto mendigo gracias a las enseñanzas de micer Morcón, anda por Roma ejerciendo su oficio y cuenta: "Una fiesta de los primeros días de septiembre, como a la una de la tarde, salí por la ciudad con un calor tan grande que no lo puedo encarecer". Me di cuenta de que esa "fiesta" no podía ser sino "siesta", a pesar de lo que aparentemente decían todas las ediciones; volví a leer el pasaje en la que me servía de base (Sevilla, Juan de León, 1602) y vi que era una ese alta y que, por tanto, decía "siesta" y no "fiesta" (¡qué difícil es romper con una errata que se cuela en un texto!). En la edición de Gómez Canseco, en la p. 267, figura, en efecto, "siesta" y no "fiesta", para la que el "aparato crítico" me ha permitido comprobar que no se trataba de una solución hecha al azar, sino resultado de un minucioso cotejo de todas las ediciones.

Dicho lo cual, he de añadir que no se justifica que las normas editoriales obliguen a dejar constancia de todas las erratas de los cajistas, todas las modalidades gráficas

sin importancia alguna, tantas y tantas minucias que no sirven para nada, y así queda oculto en tamaña selva el material realmente significativo. ¿Qué importa saber que *B* dice “abrigaba muho” frente al correcto “abrigaba mucho” de *A*? Solo que el cajista olvidó una letra. Porque ni siquiera se puede ver en este *muho* uno de esos errores que los lingüistas toman en consideración para establecer la cronología de los cambios fonéticos de las palatales, porque, siempre que aparece, es como errata o posibilidad de escritura, sin consecuencia sobre la pronunciación. ¿Realmente importa comprobar que solo en *A* se escribe “su proprio hermano” frente a “su propio hermano” de *Bu*, *Pv*, *Ve*, *Mo*, *Mr*, *Sa*, *Ar*, *Ba*, *Ho*, *Va*, *Vi*? Tal opción es conocida en los usos de *propio* y *proprio* en los siglos de Oro y no tiene sentido que figuren como variantes justificadas por la reconstrucción textual, cuando, como mucho servirán –y eso es otra cosa distinta de una edición– a los expertos. Tengo la impresión de que en estos tiempos en que el *Guzmán* es lectura de unos pocos paladares exquisitos porque ha desaparecido del canon de lectura escolar y oficial, este sistema pertenece al pasado. ¿No sería más útil consignar solo las variantes o si se quiere hacer en otro lugar un apartado de erratas de cajistas y meras grafías? Con ellos los lingüistas serían los más agradecidos. No les vendría mal que se les proporcionara un estudio de las variantes auténticas entre las ediciones que pudo controlar el autor y sacar conclusiones de ellas. ¿No hubiera sido mejor ahondar en ese camino que se apunta en la “historia del texto”? Pero vuelvo al comienzo: son las normas de la colección y, por tanto, nada hay que decir a su cumplimiento estricto, hecho con rigor en el cotejo minucioso, aunque en una parte resulte no solo inútil, sino también generador de ruido.

Las notas (las dos series) implican una inmensa investigación de alusiones, de fuentes, de lecturas de estudios del texto, de obras contemporáneas, en suma, de riguroso trabajo filológico. Alguna de las escritas al pie bien podría suprimirse, como el *comigo*: “conmigo” de la p. 378, pues o se moderniza simplemente o se omite la aclaración porque cualquier lector culto puede entenderlo, y hay que pensar en que muy pocos lectores no cultos van a tener en sus manos este impresionante tomo.

Cierran el volumen los anejos: el resumen cronológico de la vida de Mateo Alemán, el “Guzmán” en breve o “suma del argumento por capítulos”, “Guzmán” ilustrado”, “Guzmán” en el mapa, los muy útiles índices (de referencias bíblicas, de refranes), y la extensísima bibliografía recopilada, icasi cien páginas! (desde la p. 1543 a 1632). Es una lástima que el *Guzmán de Alfarache*, una obra tan intensa y sugerente y que dejó una huella tan honda en la historia de nuestra literatura, sea hoy lectura de una selecta minoría. No hay que perder la esperanza de que algún día recobre el lugar que debería tener en el canon de la literatura española. Para este momento queda esta edición, una labor bien hecha.

ROSA NAVARRO DURÁN  
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

**Sandra T. Álvarez Ledo. *La obra poética de Ferrán Manuel de Lando*. Madrid. Fundación Universitaria Española. 2012.**

La edición de Sandra Álvarez Ledo de la obra poética de Ferrán Manuel de Lando pone en las manos de lectores y estudiosos el legado literario de uno de los más antiguos poetas antologados en el *Cancionero de Baena*.